

- ¿Alude la señora á Ivona Rebec?
- Ha acertado usted. ¿No va á casarse con su hermano de usted?
- De eso se trató; pero no sé si el matrimonio llegará á verificarse.
- ¿Hay algún obstáculo?
- Puede ser.
- ¿Cuál?
- ¡Oh! uno muy trivial y común.
- ¿De qué clase?
- No me atrevo á decírselo á la señora.
- Atrévase usted, Juan María.
- Pues que las jóvenes suelen ser caprichosas, y á Ivona no parece agradarle este matrimonio. Creo que ha cambiado de idea.
- ¿Desde cuándo?
- Hace algunos meses.
- ¡Ah! se contentó con exclamar la hermosa viuda.
- Y después de un momento de silencio.
- Y Corentino, ¿qué dice de ese antojo? preguntó.
- Corentino está desolado, señora baronesa: idolatraba á Ivona, pero ya se consolará.
- Alguna razón tendrá la muchacha. ¿La conoce usted?
- Tiene alguna quizá, pero se la calla. Nunca se sabe lo que las muchachas piensan. Hablo de las del país.
- La baronesa se mordió los labios.
- Puede usted decir lo mismo de las otras, dijo sonriéndose la baronesa.

Subió lentamente las gradas de la escalinata de Scaer, diciéndose como en Laugou: ¡Sabré, y creo que principio á saber!

Juan María bajó las treinta gradas de la monumental escalinata que sirve de pedestal al castillo de Scaer, fué á dar una vuelta por el parque, y media hora después se detuvo en una especie de rústico kiosco, puesto sobre una altura y sepultado entre plantas trepadoras.

Juan María no necesitó empujar la puerta. Estaba abierta. Le aguardaba un singular personaje.

### III

#### JOSON CADION

El pueblo de Scaer es una pobre aldea escondida en un repliegue del terreno á tres kilómetros del castillo.

Sus casas son pequeñas pero bonitas.

La razón es muy sencilla: los Bresson las han construido y las reparan desde hace cincuenta años, parte por caridad, parte por no afean, con un aldeucho miserable, los alrededores del castillo.

En aquella aldea vivía por entonces un pobre leñador con su anciana madre, á la cual mantenía con el producto de su trabajo.

Este trabajo se reducía á cortar leñas y enebros,

á podar y derribar árboles, á reparar las techumbres de brezo, y, sobre todo, á cazar furtivamente en las posesiones de Scaer, Plalau y Laugou.

Se llamaba Job ó Joson.

Job y Joson en bretón, equivalen á José.

Job sólo tenía una afición, pero insaciable, y frenética; ¡la caza!

Se sabía, pero nadie había sido suficientemente astuto para cogerle en flagrante delito.

Job podía burlar la diligencia de una jauría de guardabosques.

Podía apostárselas á correr con un caballo.

Y, sin embargo, cojeaba espantosamente.

A los doce años, buscando nidos de urraca, se cayó de una encina y se rompió la pierna izquierda.

Un curandero del cantón se la curó de balde, pero con tal habilidad, que quedó una pulgada más corta que la sana.

Desde la operación de Job corría mucho, pero su carrera tenía algo de fantástica.

De noche, á la luz de la luna, Joson hubiera podido pasar por un gnomo golpeado en la maleza.

No se le veía á menudo.

De no verse obligado á saltar una cerea, corría entre los matorrales, como un jabato, franqueaba setos y zanjas con brinco incalculable, y se metía si había necesidad en las espesuras más recónditas, á pesar de la habilidad del cojo.

La artesa estaba vacía á menudo; y las patatas y el tocino brillaban por su ausencia en las escudillas.

La caza furtiva se vende casi de balde, y los jornales del Morbihan no son espléndidos. Pero estaba el castillo de Scar.

Las discretas limosnas consistían en sacos de harina, en costales de patatas, en tarros de mantequilla y en carros de leña.

A la anciana madre nunca le faltaba su buen manton, ni tela nueva para sayas, ni lana para medias.

Los Bresson, sin arruinarse, hacían para ellos el papel de Providencia.

En Bretaña, sin gastar mucho, se pueden hacer muchas limosnas.

Pero, una era de prosperidades increíble, iba á inaugurarse para los Joson.

La víspera de la llegada de la baronesa Santiago, como llamaban á la hermosa viuda. Juan María había ido á la aldea.

El ayuda de cámara del difunto barón era un personaje para la pobre gente. Estaba tan alto respecto á aquellos leñeros y campesinos, como el castillo respecto á las casitas de la aldea.

No halló en casa á Joson, pero la madre hacía calcetas para el hijo á la puerta de la cabafia.

Al presentarse, Juan María, la vieja arrugada y vacilante, como piedra de ruinoso muto que á desprenderse al menor golpe de viento, se puso la mano sobre los ojos para distinguir mejor.

—¿Es usted Juan María? dijo. ¡Que Dios y su Santa Madre le premien por la visita. ¿Busca usted á mi hijo?

—Sí, señora Cadion. ¿No está Job?

—No.

—¿Andará corriendo por el bosque, para cazar?

—Es fácil.

—Es un verdadero vicio. Y si quisiese todo se podría arreglar. Como cazador furtivo es terrible, pero también es buen muchacho.

—Y un buen hijo, Juan María. Se mata porque nada me falte. ¿Y valiente? No le afredra el trabajo; pero ya sabe que á menudo no tiene en qué ocuparse y es una lástima.

—Yo le daría que hacer en el castillo. Pero solo le gusta andar como una fiera por los bosques..... En fin, venía á haceale una proposición.

—¡Una proposición, señor! ¡Si fuese para sacarnos de apuros! Pero es imposible. Hemos nacido pobres, y pobres hemos de morir.

—Quizá.

—No me engañe usted con buenas esperanzas, Juan María.

—¿Volverá Job antes de anohecer?

—Tal creo.

—Dígale usted que vaya á hablarme al castillo. Que no falte.

—Irá. No tenga usted cuidado, y si tiene usted algún trabajo que encomendarle, cuente usted con él. Tiene sus faltas el pobre muchacho, pero es manso como un cordero y leal como un perro.

—Bueno, bueno, señora Cadion. Dígale que es por su bien, y mientras tome usted como anticipo por el trabajo que hará.

Juan María fué espléndido, aunque atento al principio de que no conviene echar á perder al vulgo con prodigalidades indiscretas.

Sacó del bolsillo dos hermosas piezas de cinco francos, casi nuevas, y las puso en la falda de la buena mujer.

La anciana retrocedió sorprendida, como si hubiera visto los tesoros de Golconda.

—¡Jesús! exclamó. ¡Esto es para nosotros!

—Sí, y dígame usted que le daré más. Esto es solo para hacer boca, y tras el dinero vendrá algo mejor. Adiós.

Dos días después Juan María, que paseaba por el terrado de Soaer, vió acercarse un ser de larga cabellera roja, angulosas facciones y salientes pómulos.

Sus recelosos ojos brillaban en el fondo de sus órbitas, sombreadas por espesas cejas. Vestía una especie de chamarreta con remiendos de todos colores, que, decolorados por la lluvia, se confundían en una tinta uniforme como campo acabado de labrar.

No tenía sombrero ni zapatos, y en las piernas llevaba sólo unas polainas destrozadas por los espinos y reccidas con un hilo gordo como el de las redes de pescar.

Juan María le indicó que le siguiese, y se dirigió hacia una colina aislada, coronada de copudos árboles.

Desde ella se descubren hacia poniente los colli-

nas en que se asienta Plelau, y al mediodía, casi á igual distancia, el castillo de Laugou, cuyos tejados brillaban teñido de rojo por el sol próximo á ponerse.

—Joseon, comenzó el criado, ¿tienes por qué quejarte del castillo?

—No, como hay Dios, Mentiría si dijera otra cosa.

—Tú sabes que muchas veces te hubiéramos podido poner en grave aprieto por tus continuos asaltos en la caza. Corentino y mis padres me lo tiene dicho mil veces.

—¡Cál! —dijo el cazador por no comprometerse.

—El barón Santiago te ha socorrido cuando te ha visto en necesidad.

—¡Ay, sí! que buen señor.

—Ha muerto, pero puedes prestar un servicio á su hermano.

—¡Yol! ¡Un pobre gusano prestar servicios al barón!

—Puedes. ¿Quieres ganar diez piezas como las que he dado á tu madre?

—¡Que sí quiero! —exclamó Job.— ¡Sin duda! ¡Que quiero!

Y añadió:

—Sobre todo porque sé que no me has de mandar nada malo, Juan María ¿qué hay que hacer?

Sin duda Juan María no estaba completamente seguro del consentimiento del cojo, porque añadió:

—Si nos sirves lealmente, el barón te dará para mientras vivas un buen empleo.

—Un empleo... á mil

—Sí. ¿Qué dirías si te propusiera que renunciases á cazar en verdad.

—¡Hombrel! la verdad, Juan María: eso tiene su miaja de dificultad. A mí me gusta el monte por la noche; oigo allí ruidos que me agradan y me atraen como el baile de las romerías; el ciervo que brama, el jabalí que hozza gruñendo, los zorros que ladran como perros; no hay música como esa para mí; quien la oye una vez no la puede dejar

—La oirás todo cuanto quieras; pero guardando la caza del barón Noel. Eres lobo, ¿quieres ser pastor?

El pobre cojo se estremeció de pies á cabeza.

Su semblante expresó cierta vacilación.

No podía dar crédito á semejante felicidad.

—Se burla usted de mí, Juan María,—balbuceó —y eso no está bien.

—No por cierto, te doy mi palabra y la del barón. Si le sirves como es debido tendrás buena casa en el monte, buena paga y serás guarda-bosque.

—¡Guarda! —murmuró Joseon entornando los ojos.

El sueño dorado de todos los cazadores furtivos. Jamás lo hubiera creído.

Temblaba de alegría.

¿Pero qué iba á pedirle en cambio de aquella inesperada fortuna?

Job era honrado.

Quería pagar en buena moneda, y le parecía imposible.

Una plaza de guarda, una casa, un sueldo, y el bosque á su disposición.

Hay que hacerle justicia.—Pensaba sobre todo en su madre. La pobre mujer podria pasar el resto de la vida con sosiego y abundancia.

—Tu corres como una liebre—dijo Juan María.

Una sonrisa de satisfacción dilató el semblante del cojo.

Si sólo se trataba de correr, el negocio era bueno; pero de ordinario no hace uno su suerte por trotar unas cuantas leguas por la lända.

De ser así Joson seria tan rico como los Bresson.

—Y sabes esconderte en la maleza cuando no quieres que te vean los que van en tu persecución.

Cuando digo que se está usted burlando de mí—dijo con tristeza Joson.

—No.

—Pues hable usted francamente. ¿Qué hay que hacer?

Oíase á lo lejos, en el camino que baja de Gael á Scaer, un ruido sordo que iba aproximándose.

Luego cascabeles y fuetazos, que resonaban como para anunciar la llegada de los señores del castillo.

—Escucha,—dijo primero Juan María.

Job escuchó con atención.

Un coche de camino; arrastrado por dos vigorosos percherones grises, rodó por el enarenado suelo de una larga avenida que conducía al castillo y se detuvo ante la escalinata de la fachada principal.

—Mira—volvió á decir Juan María.

Job se volvió todo ojos y se fijó en el coche.

El lacayo que venía al lado del cochero saltó á tierra.

Sobre los almohadones del coche venían recostadas dos mujeres vestidas de negro.

Luciana, la doncella de la baronesa, se apeó primero.

La otra, la rubia, dirigió sus lentes, primero al castillo, después al parque y se levantó con negligencia.

—¿Ves á aquella mujer?—preguntó Juan María.

—¿La baronesa?

—A menudo saldrá á caballo ó en coche. No quiere compañía.

—¿Y luego?

Sus caballos corren como el viento.

—Los conozco.

—¿Puedes seguirlos sin ser visto?

Job vaciló.

Le proponían el oficio de espía.

Juan María había previsto su repugnancia.

—El barón Noel es un hombre honrado, incapaz de una mala acción—dijo con viveza.—De ti nos podemos fiar, Joson.

Eres valiente y discreto. Te conozco. No se te escapará una palabra. Se ha cometido un crimen. Se trata de descubrir al culpable y de castigarlo.

—No comprendo.

—No debes comprender. Seguirás á la baronesa sin que ella lo note, y me dirás en seguida á mí, á

mí solo, á dónde ha ido. Eso es todo. ¿Quieres ayudarnos?

El pobre diablo arrugaba la frente.

Dió una especie de resoplido.

—Juan María—dijo después de un minuto de lucha—los Bresson han sido buenos para nosotros. Sin ellos, ya habría muerto de miseria mi madre. Han pagado la cruz que hay en la tumba de mi padre. El oficio me repugna; pero creo que es con buen fin lo que el señor barón hace. Obedeceré.

—Estate pronto, y desde el amanecer, alerta.

#### IV

##### NOTICIAS.

Joson cumplió la consigna.

El cojo era un hombre honrado, esclavo de su palabra. Hubiera corrido sin detenerse hasta Proermel, que está á sesenta kilómetros de Plelau, antes de faltar á ella.

Levantóse, pues, antes de salir el sol, con lo cual no variaba de costumbre. Rara vez dejaba de mojarse los piés con el rocío antes de amanecer, apostado para la caza matinal.

Las provisiones de Juan María resultaron ciertas.

La hermosa viuda sentía sin duda necesidad de aspirar la fresca bruma de la pradera, porque, á las siete de la mañana cayeron con estrépito las persianas de su habitación, empujadas por Luciana, á quien despertó un violento campanillazo de su señora.

Acaba tiempo que Joson, de escucho en la maleza, acechaba tan oculto como un conejo en su cueva.

Un guarda pasó cerca de él, sin la menor sospecha.

Los cazadores furtivos tienen una buena cualidad: la paciencia:

En esto pueden apostárselas con los pescadores de caña.

Y Joson tenía para prestar á media docena de santos.

Su misión, á decir verdad, no le entusiasmaba.

Espiar á una mujer nunca puede ser una obra buena.

El pobre cojo vacilaba todavía al acomodarse sobre el flaco espinazo la andrajosa chamazreta; pero consideró que había empeñado su palabra á Juan María, y que siempre podría volverse atrás avisándolo, si las cosas tomaban mal sesgo.

Miró, por último, á su madre que dormía, y acabó de decidirse.

La buena mujer estaba muy vieja y achacosa.

Puesto que la casualidad le brindaba un medio de asegurar el bienestar de la anciana, no debía negarse.

Entró, pues, en campaña.

Después de la doncella se dejó ver la señora.

La bella rubia, en traje de montar, se asomó á la ventana, se volvió hacia el Mediodía y miró largo rato los bosques que cercan á Langou.

Llevaba prendida al lado una rosa roja, que se destacaba sobre el fondo oscuro de su traje.

Estuvo un instante en observación, mientras se ponía poco á poco los guantes.

Y Joson, con su mirada de ave de rapina, vió que Luciana le entregaba un latiguillo de empuñadura de oro.

El muchacho estaba sobre la pista.

Tendría que mover las tablas de lo lindo.

Su amor propio estaba excitado.

Juan María le había preguntado si podría seguir los caballos de la baronesa.

Ya lo vería.

Pero las precauciones nunca están de más y la prudencia siempre es buena.

Joson vió al pie de la escalinata á sir Black, corcel de pura sangre, negro como el carbón, caballo favorito de la baronesa sir Black, pafaba impaciente, levantando la arena en derredor.

Era preciso ganar el terreno.

Joson conocía perfectamente todas las salidas del parque.

Yendo á caballo la baronesa sólo podía salir por dos.

A pie, Joson podía pasar por todas partes.

Salir de su escondite, deslizarse bajo los arbustos

y malezas, escalar la cerca é ir á apostarse en un punto elevado desde el cual dominaba todos los caminos que podía seguir la amazona, fué obra de pocos instantes para el agilísimo cojo.

Tenía excelente oído.

Pronto oyó el trote de sir Black sobre la arena de las avenidas.

Sin embargo, el ligero animal apenas tocaba al suelo; pero el hombre, como el animal, acaba por adquirir finísimo oído ejercitándolo de noches y en las selvas.

En pocos saltos Joson se colocó á unos cien pasos detrás de la amazona cuando ésta se metió en la espesura.

La baronesa marchó despacio al principio, como quien va á tomar el aire y á visitar sus propiedades, después de larga ausencia.

Joson, metido entre los brezos, la seguía fácilmente guiándose por el ruido del caballo, sin mostrarse, alargando de cuando en cuando la cabeza, como ciervo que olfatea, y dejándose adelantar ó recobrando, á su gusto, la ventaja perdida.

Cuando la amazona se internó en la landa y llegó á una elevación sin arbolado, se volvió y vió que nadie la seguía.

Entonces cambió de actitud y de dirección, dirigió algunas palabras á sir Black, que comprendió y se lanzó á galope en dirección al castillo del duque.

Job adivinó la maniobra, pero tenía tela para rato, según una expresión de Bretaña.

Si alguna vieja supersticiosa hubiese visto pasar

como un rayo á aquella extaña criatura, dando saltos increíbles, ocultándose como un lobo entre los matorrales, saltando zanjas y atravesando los claros con rapidez eléctrica, pardo como jabalí y melenudo como un león, se hubiera signado y santiguado, y á la noche, en el hilandero, no hubiera dejado de contar que habia visto al diablo ó algún horrigano cabalgando en la landa.

Luisa iba recta como un dardo.

Sin embargo, sir Black jadeaba más que el coje.

Joson se reía de aquella carrera.

El caballo, después de bajar con menos rapidez una cuesta algo brusca, llegó á orillas de un prado pantanoso, que á algunos centenares de metros se transforma en extensa laguna.

Allí para pasar á caballo, no hay más sitio que la calzada de la laguna. En cualquiera otro se hundiría en el barro.

Al lado opuesto de la sábana de agua se alza á media ladera, en medio de un parque, el castillo de Langou, del cual se distinguen todos los demás detalles.

Job, detrás de una peña que sobresalía entre la maleza, vió á la baronesa pasar el valle por el dique del estanque, entre dos filas de álamos, subir por una calle de árboles, desaparecer tras un grupo de arbustos; detenerse á la entrada del castillo, apearse, acercarse al duque de Vandrey y entrar con él en la casa.

El cojo se tranquilizó.

Podía respirar un rato.

Sacó de un zurrón de tela gris un pedazo de pan negro como un hollín y duro como un guijarro y almorzó sosegadamente.

La bebida no le preocupaba.

El estanque estaba lleno hasta los borde.

Después de engullirse el negro pan se echó entre los juncos y bebió algunos tragos de agua.

Luego esperó, tendido en la yerba, al sol, como un lagarto.

La viuda permaneció largo rato en casa del duque.

Joson creía que iba á volver por el mismo camino.

Pero se equivocó.

Mas en un ojeo pueden enmendarse las faltas, y Job valía por dos excelentes sabuesos.

Desde la calzada del estanque vió que Luisa montaba á caballo y atravesaba el parque, y la perdió de vista cuando se internó en el bosque del castillo.

Joson se rasó una oreja.

Necesitaba pasar por el castillo y sir Black podía adelantársele.

Seria la una de la tarde cuando Juan Maria y el cojo se sentaron á hablar en el kiosko, que parecia abandonado.

—¿Y bien, dijo el ayuda de cámara, has visto á la señora?

—Si.

—¿La has seguido?

—Si.



—Temia no volverte á ver.

—Lo habia prometido.

—¿Por donde habeis ido?

—Voy á decírtelo. La dama ha tomado por las rocas pardas, la encina gorda, la landa de los perros la enorucijada de los montecillos y los arenales. Su caballo, que al principio iba á buen paso, marchaba al fin con un galope del demonio. Ha llegado al prado de los céspedes, al estanque del vado y á Laugou, por último. Yo estaba sentado detrás de una piedra en la cuesta de las Zorras y la veía como á este mochuelo.

Joseon tocó al decir esto una especie de buho disecado, devorando una ardilla, olvidado sobre una mesa desvencijada.

—¡Buena! dijo Juan Maria. Adelante.

—La señora ha atravesado la calzada, se ha internado en el parque y ha entrado en el castillo. Se me figura que el señor la esperaba.

—¿Y ha permanecido allí?...

—Una hora larga.

—¿Y luego?

—Luego ha vuelto á montar.

—¿Sola?

—Sí, y la he perdido de vista.

—¡Ab!

—Había que dar un rodeo para no pasar por el castillo. No es cosa lo que les gustan mis andrajos. Pero he vuelto á dar con ella. Iba en dirección á Pielau, y muy á prisa hasta la Cruz de los Azules.

—¿Después?

—Ha encontrado allí á una joven.

—¿Ivona Rebec?

—Sí. Han hablado cinco minutos y luego ha vuelto directamente á Scaer. Yo no tenía por qué apresurarme. Sabía adonde venía.

—¿Lo sabías?... exclamó Juan Maria asombrado.

—Sí. La he oído preguntar por el camino á la señorita.

—¿Estabas, por consiguiente, cerca?

—A dos pasos; en un matorral de espino negro.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Toma tu dinero, Job, dijo Juan Maria entregando diez escudos al oco. Los has ganado á conciencia.

Joseon Cadion no se atrevía á tomarlos.

Persistía en sus escrúpulos y lo enorme de la suma le inquietaba.

Pero Juan Maria añadió:

—Y tendrás tu empleo, Job, y una buena casa para tu madre, y bienestar y derecho á pasearte por el bosque á todas horas, con un traje flamante! No hacia falta tanto.

¿Como hubiera podido imaginar el pobre oco que iba á ganar diez escudos en una mañana y una plaza de guarda bosque en un castillo como Scaer, cuyo dueño tenía millones sin cuento?

El lisiado recogió con viveza los escudos.

—Ven á la cocina á echar un trago, le dijo Juan Maria.

—No, respondió el cojo. Tengo prisa. Quiero entregar el dinero á mi madre.

La anciana nunca habia visto tanto dinero junto.

Job metió los escudos en un agujero de una viga.

No tenia caja, pero tampoco miedo á ladrones.

No se lo habia dicho todo á Juan Maria.

El haber llegado á Scaer después que la baronesa, dependia de haberse quedado en la Cruz de los Azules.

Apenas partió la hermosa viuda, Joson distinguió desde el matorral en que estaba oculto como una culebra, un caballo que se dirigía á la cruz á toda prisa.

El caballo parecia pequeño á causa de la distancia. Creció al acercarse; pero á medida que crecia, las facciones de Ivona se demudaban. Sus grandes ojos enrojecidos expresaban decepción amarga.

No venia el que ella esperaba.

Era Gib, el mozo de cuadra, portador de un billete.

Ivona rasgó el sobre, leyó la esquela y solo dijo:

—¡Bien!

Luego, después de leerla varias veces, la escondió en el seno.

El groom habia partido en paso de paseo.

La joven volvió á sentarse en las gradas de la cruz y lloró amargamente.

Al fin, se enjugó los ojos y tomó el camino de su casa.

Joson dejó su escondite.

Pero no reveló lo que habia visto.

Se habia comprometido á vigilar á la baronesa, no á seguir á Ivona y á revelar sus secretos.

Juan Maria estaba contento.

Sus dudas se confirmaban, y con la tenacidad característica del bretón, marchaba directamente á su objeto: descubrir la causa del asesinato de su amo.

Lo demás le importaba poco.

Si la perdición de Ivona convenia á sus proyectos, la vería con amarga satisfacción, á pesar del cariño que profesaba á Corentino.

Lo primero era salir victorioso en la grande obra.

Lo demás después se arreglaría.

Por eso, á la tarde, Juan Maria corrió en persona á la más próxima estación, y al dia siguiente á primera hora el barón Noel recibió en una carta esta noticia, que trascendía á victoria:

«Primera visita á Langou. Esperada por el duque; Disminuyen precauciones. Las nuestras aumentan.

«Juan Maria.»